

bro de sus leyes; la religion, acerca de la cual se han escrito en otras partes tantos volúmenes, no llenaba dos páginas de aquel libro. Su principal axioma era este principio: la moral es la misma para todos los hombres, luego procede de Dios; el culto es diferente, luego es obra de los hombres» (1). En la *Profesion de fe de los teistas* se lee: «Nuestra religion es indudablemente divina, puesto que ha sido grabada en nuestros corazones por Dios mismo, por ese maestro de la razon universal, que ha dicho al Chino, al Judío, al Tártaro y á nosotros: «Adórame y sé justo» (2). En vano niegan los ortodoxos que puede haber una religion sin culto, lo cual, segun ellos, implica la falta de un cuerpo sacerdotal. ¿Acaso Adán, en el estado de perfeccion en que Dios lo creó, no tenía religion? Y sin embargo, de seguro que no tenía papa ni cardenales. ¿Acaso los cuákeros no tienen religion, áun cuando no tienen obispo ni ministros? El culto de los protestantes avanzados no es ya un culto en el sentido católico, porque no tienen ya misterios, lo cual no les impide ser cristianos.

## XII.

La *Profesion de fe de los teistas* merece que nos detengamos en ella. No solamente responde á las críticas que los ortodoxos dirigen á la religion natural, sino que nos hace ver tambien en qué es esta religion superior al cristianismo tradicional. ¿Cuál fué la causa primera de la reforma? Los reformadores decian que Roma habia alterado la pureza primitiva del cristianismo con un cúmulo de supersticiones. Ellos á su vez conservaron dogmas que la razon no puede admitir y que sucesivamente fueron rechazando los protestantes. El teísmo es la más pura de todas las religiones: «Levántese contra nosotros, exclama Voltaire, la tierra entera si se atreve! La ponemos por testigo de la pureza de nuestra santa religion. ¿Hemos manchado alguna vez nuestro culto con alguna de esas supersticiones que las naciones se echan mutuamente en

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Ateo* (*Obras*, t. XXIV, p. 35).

(2) VOLTAIRE (*Obras*, t. XXIX, p. 347).

cara?» (1). Esto no es un mérito puramente negativo. Es positivo que donde reinan las supersticiones católicas la religion no es más que una mala caricatura. ¿Acaso tiene religion el bandido italiano, cubierto de amuletos y de talismanes? ¿Acaso tienen religion nuestros campesinos de Flándes, que hacen que sus curas exhorcicen los hormigueros? La supersticion mata la verdadera religion: el primer paso hácia la religion es, pues, renunciar á las creencias y prácticas supersticiosas.

Otro artículo de fe de los teistas es que, siendo todos los hombres hermanos y reconociendo el mismo Dios, es execrable que unos hermanos persigan á otros porque manifiesten de diferente manera su amor al padre de la familia: «En efecto, dicen los teistas, ¿cuál es el hombre de bien que mata á su hermano mayor ó á su hermano menor, porque el uno haya saludado á su padre comun á la manera de los chinos y el otro á la holandesa, sobre todo, cuando no está muy averiguado en la familia de qué manera quiere el padre que le saluden? El que tal hiciere, más merecerá ser considerado como un mal hermano que como un buen hijo.» ¿Quién se atrevería á decir que en este punto el cristianismo, por muy revelado que se diga, es superior al teísmo? Los cristianos rechazan con horror *el dogma abominable y execrable de la tolerancia*. «Preciso es convenir, sin embargo, dice Voltaire, en que si las diferentes sectas que han desgarrado la cristiandad hubieran tenido la moderacion de los teistas, el mundo se hubiera visto turbado por ménos desórdenes, saqueado por ménos revoluciones, inundado por ménos sangre» (2).

Por lo mismo que los teistas no son supersticiosos, ni intolerantes, son más humanos que los sectarios de las religiones que pretenden ser reveladas: «Son, dice Voltaire, los hermanos mayores del género humano, y tienen cariño á sus hermanos.» Rechazando toda supersticion, y conservando como punto fundamental de su religion la práctica de la virtud, los teistas evitan el escollo contra el cual han venido á chocar fatalmente las religiones reveladas. ¿Cuál es la causa primera de la incredulidad y del liberti-

(1) *Profesion de fe* (*Obras*, t. XXXIX, p. 352).

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Ateo* (*Obras*, t. XXXIV, p. 36).

naje de costumbres que con mucha frecuencia le acompaña? «Las almas débiles, oyendo todos los días hablar con desprecio de la superstición cristiana, sabiendo que hasta los mismos sacerdotes la ponen en ridículo, imaginan, sin reflexionar, que no hay ninguna religión, y fundadas en esto, incurren en excesos. Pero cuando conozcan que la secta cristiana no es efectivamente más que la perversión de la religión natural; cuando la razón, libre de sus trabas, enseñe al pueblo que no hay más que un Dios; que este Dios es el padre común de todos los hombres que son hermanos; que estos hermanos deben ser entre sí buenos y justos; que deben practicar todas las virtudes; que Dios, por ser bueno y justo, debe recompensar las virtudes y castigar los crímenes, seguramente, hermanos míos, los hombres serán más buenos y menos supersticiosos» (1).

Los ortodoxos, y hasta los filósofos que se llaman ó se creen cristianos, elogian la moral evangélica y la presentan como un ideal. Sin embargo, es positivo que de hecho la religión de los cristianos no es más que un cálculo, una especulación: si son virtuosos, es por ganar el cielo. ¿Es esta la moral de los teístas? En el *banquete del conde de Boulainvilliers*, la condesa cuenta una anécdota que ha leído en la historia de los árabes. Le dejamos la palabra, porque es difícil contarla mejor: «Estando en el baño Assan, hijo de Alí, uno de sus esclavos le echó encima por torpeza una caldera de agua hirviendo. Los criados de Assan quisieron empalar al culpable. Assan, en lugar de hacerlo empalar, hizo que se le dieran veinte monedas de oro. *Hay en el paraíso, dijo, un grado de gloria para los que recompensan los servicios, otro mayor para los que perdonan el mal, y otro mayor todavía para los que recompensan el mal involuntario. ¿Qué os parecen esta acción y este razonamiento?*» El conde responde que reconoce en ello á sus buenos musulmanes del siglo primero. Y yo, dice el abate, á mis buenos cristianos. «Y yo, dice Voltaire por boca de Fréret, no encuentro bien que Assan, el escaldado, hijo de Alí, haya dado veinte monedas de oro por tener un lugar en el paraíso. No me gustan las buenas acciones por interés. Yo hubiera querido que Assan hubie-

(1) *Sermon de los Cincuenta* (Obras, t. XXIX, p. 401 y sig.).

se sido bastante virtuoso y bastante humano para consolar la desesperación del esclavo sin pensar en tener en el paraíso un asiento de tercera clase» (1).

El cristianismo tradicional, y sobre todo el catolicismo, tiene la ambición de regir el mundo en nombre de su pretendido derecho divino. Este espíritu de dominación es lo que principalmente sublevaba á los libres pensadores, porque destruye la soberanía laica y á la vez la libertad de pensar. Los deístas tienen buen cuidado de no hacer alarde de semejantes pretensiones. «Si alguno de nuestros hermanos, dice la *Profesion de fe*, quisiese producir el menor disturbio en el gobierno, no sería ya nuestro hermano. No fueron los teístas, ciertamente, los que encendieron las guerras de la fronda en Francia, y los que recientemente han excitado los disturbios de Madrid. Nosotros somos fieles á nuestros príncipes. Los reyes deben considerarnos como sus mejores súbditos. Separados del pueblo vil, que no obedece más que á la fuerza y que nunca razona; más separados todavía de los teólogos, que razonan tan mal, somos el apoyo de los tronos, conmovidos durante tantos siglos por las disputas eclesiásticas» (2). Los católicos, que todo lo encuentran censurable en Voltaire, le echan en cara esta sumisión al poder absoluto de los reyes; olvidan que la sumisión á los emperadores monstruos ha sido predicada y practicada por los apóstoles. En otra parte diremos cuáles fueron las doctrinas políticas del siglo XVIII: contentémonos por ahora con recordar á los que se complacen en denigrar á los grandes genios, que Voltaire bendijo al nieto de Franklin en nombre de *Dios* y de la *libertad*.

Los partidarios de lo pasado se consideran hoy triunfantes; preguntan qué ha sido del teísmo de Voltaire, que nosotros creemos superior á la religión cristiana. En apariencia, es verdad, el cristianismo ha recobrado nuevas fuerzas y el teísmo ha caído en el olvido. Ya hemos respondido á estas glorias de la religión cristiana. Si los templos se llenan, es casi en su totalidad por el miedo, la cobardía, la hipocresía, la especulación. Diremos como Leibnitz: ¡Ojalá esos celosos católicos fuesen deístas! Al menos ten-

(1) VOLTAIRE (Obras, t. XXXII, p. 390).

(2) VOLTAIRE (Obras, t. XXIX, p. 366).

drian una fe, al paso que ahora son literalmente *sepulcros blanqueados*, nada y podredumbre. Se pregunta ¿por qué el deísmo no ha reemplazado al cristianismo? Aquellos cristianos que no imponen silencio á su razon, los que no se embrutece deliberadamente, son teístas; sólo que su teísmo no es ya la religion de Voltaire. Voltaire no tenía la mision de ser un fundador de religion; era llamado ante todo á destruir: ahora bien, es imposible que los que destruyen una antigua religion edifiquen al mismo tiempo una creencia nueva, porque las cualidades necesarias para la obra de destruccion no son las que deben tener los reveladores. Voltaire es el genio del buen sentido, del talento: sus armas son la razon y la sátira: ha usado y abusado de ellas: no queria destruirlo todo, porque ha combatido la *impiedad* de los materialistas lo mismo que á la *infame*; pero aun cuando habla de Dios y de la virtud, no puede ménos de mezclar algunos chistes. No es éste el tono de los hombres verdaderamente religiosos. Falta algo, en efecto, al teísmo de Voltaire para ser una religion. Rechaza todo dogma: esto es ir demasiado léjos. El hombre necesita una creencia que le diga cuál es su mision en esta tierra; que le diga de dónde viene y á dónde va; necesita la conviccion de que Dios le ayuda en su marcha laboriosa hácia la realizacion de su destino. Este vínculo del hombre con Dios es lo que Voltaire no ha sentido: hubiera visto en él una nueva supersticion, pero sin razon: es una nueva fe que se forma insensiblemente en la conciencia humana. Existe ya á título de religion entre los protestantes avanzados y entre los judíos modernos: acabará por ser la religion universal.

b.—Rousseau.

I.

Se comprende el ódio con que los ortodoxos persiguen la memoria de Voltaire: nunca han tenido adversario que les haya dirigido golpes más funestos. A despecho de la reaccion católica, la *infame* ha sido *aplastada*, lo ha sido al ménos en la esfera de las ideas, y ¿no son las ideas las que gobiernan el mundo? ¿Qué es

una religion que no vive más que por la estupidez, por la ignorancia y por el apoyo que le prestan las clases ricas, las cuales cultivan la supersticion como la mejor defensa de sus monedas? El mundo ha presenciado ya un espectáculo parecido á este. El dia en que los filósofos atacaron al politeísmo, la religion del gentilismo quedó arruinada en sus fundamentos: subsistió, sin embargo, durante siglos y tenía apariencias de vida: en realidad estaba muerta. Lo mismo sucede con el catolicismo: es un cadáver viviente: la filosofía lo ha matado. Perdonemos, pues, á las gentes de iglesia sus gritos de rabia. Si al litigante se le dan veinte y cuatro horas para maldecir á su juez, habrémos de permitir tambien á la Iglesia que maldiga á los que han puesto fin á su dominacion secular.

Hé aquí el émulo de Voltaire: Rousseau no es amigo de los filósofos: ha escrito acerca del Evangelio, acerca de Jesucristo, páginas que no podria firmar un libre pensador; sin embargo, le alcanza lo mismo que á Voltaire el ódio de los partidarios del pasado. El abate Gaume dice que Rousseau, lo mismo que Voltaire, podria ser definido *un alma vacía de cristianismo y ebria de paganismo*. ¡Qué lenguaje y qué apreciacion! Los considerandos son tan curiosos como el fallo. Rousseau funda la sociedad civil en un contrato: Locke habia hecho lo mismo: prueba, dice el abate, de que segun ellos Dios no entra para nada en la fundacion de las sociedades. Rousseau es gran admirador de Esparta y de Roma: este culto de la antigüedad no es invencion del siglo XVIII, data del renacimiento: el abate Gaume lo confiesa, y por eso envuelve en la misma censura á los humanistas del siglo XV y á los filósofos del XVIII: alabar á Esparta y á Roma es rebajar el cristianismo, es decir, que el paganismo es superior, es en definitiva manifestar ignorancia del cristianismo y ódio hácia el mismo (1). Hé aquí en pocas palabras el proceso de Rousseau, que queda juzgado y condenado.

Afortunadamente cabe apelacion contra las sentencias de los ortodoxos. No trataremos de oponerles nuestra admiracion: un obispo se ha tomado en otro tiempo el trabajo de decir en una pastoral so-

(1) El abate GAUME, *La Revolucion*, t. V, p. 134 y sig.